



ESCRINAS
MADRIDENSES
OS ESPAÑOLES
PINTADOS
POR SIMISMOS

FONDO ANTIGUO

A-928

Biblioteca Regional



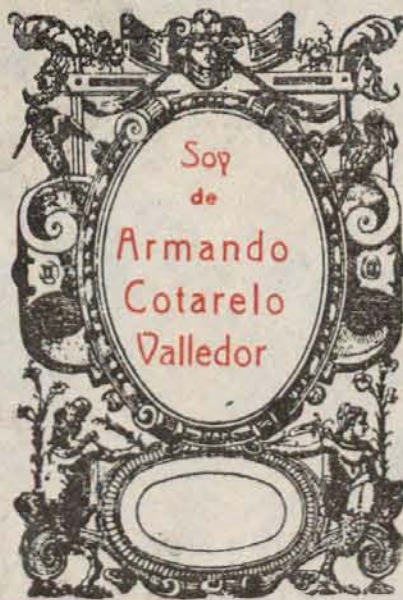
Diputación
Provincial

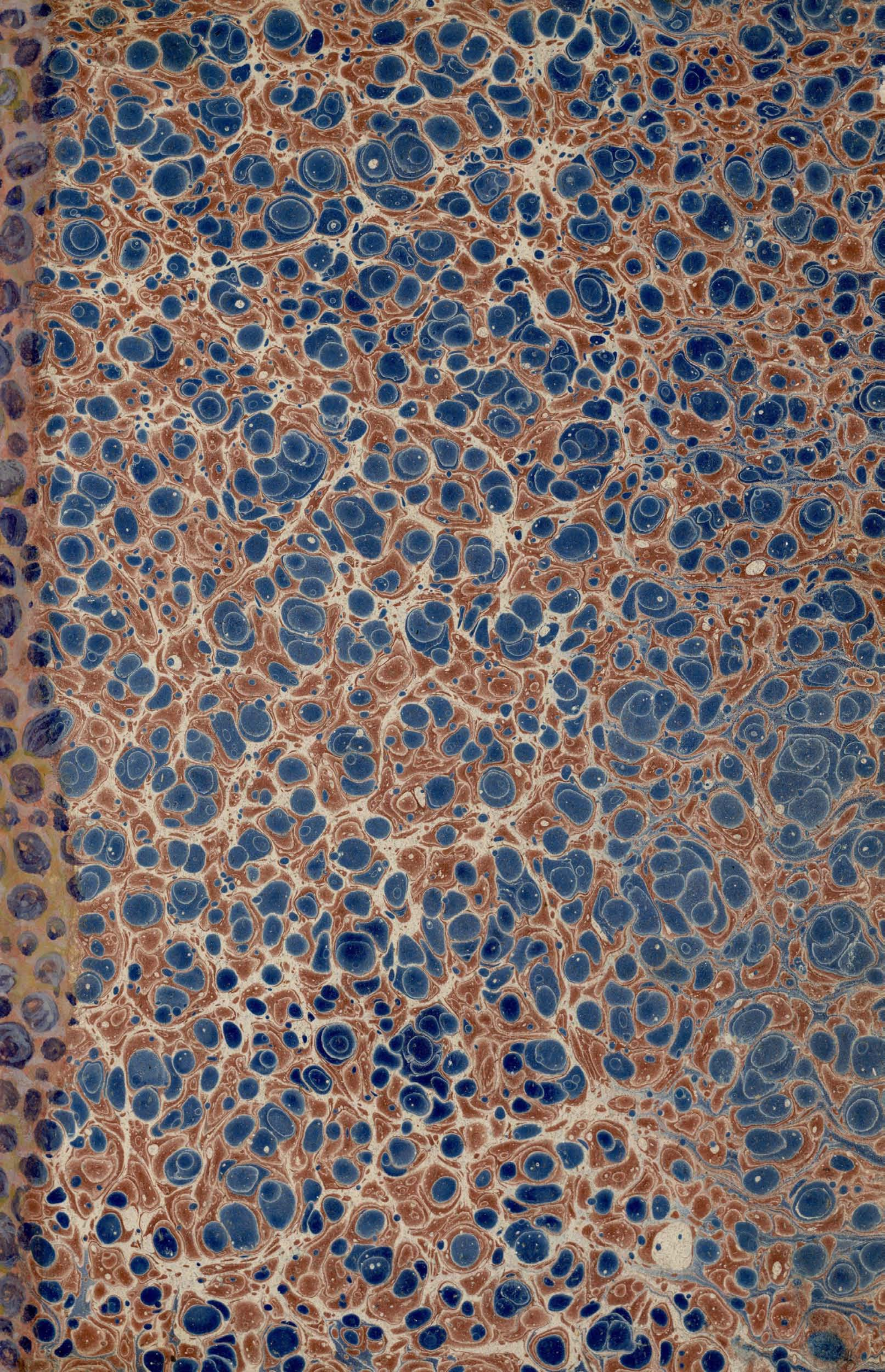
Biblioteca

Reg. 6556

Vols. Fde. Puntano

Sig. Mad. 334





LIBRERIA CASTILLA
C. Bernardo, 113
MADRID

A-928

7

6556

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.



ESCENAS MATRITENSES

POR

EL CURIOSO PARLANTE

(D. Ramon de Mesonero Romanos)

QUINTA EDICION

ÚNICA COMPLETA, AUMENTADA Y CORREGIDA POR EL AUTOR

é ilustrada

con 50 grabados.



MADRID

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

Calle del Príncipe, Núm. 4

1851

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Y COMUNIDAD DE MADRID

1951

ESCRIVAS

MATRITENSES

1951

EL CURIOSO PARLANTE

QUINTA EDICION



MADRID

IMPRESA Y LIBRERIA DE OJEDA Y CAJAL, S.A.

Calle de Toledo, 10

1951

PROLOGO.

A un amigo íntimo nuestro, hijo de una señora que falleció, dejándole de muy corta edad, solemos oír á cada paso esta sentida exclamación, propia de su filial cariño: «Yo no he conocido á mi madre; yo no tengo retrato suyo; dicen que no me parezco á ella: ¿cómo sería mi madre?»

Igual deseo de conocer á sus predecesores tienen todas las familias, pueblos y generaciones que han existido: el hombre de hoy quiere, necesita, ansía poseer el retrato del hombre de ayer; y si no lo encuentra hecho, se esfuerza á suplir la falta, pintándolo segun lo concibe. La posteridad que pretenda saber qué cosa era Madrid antes y despues que muriera Fernando VII, lo hallará sencilla y exactamente representado en las *Escenas matritenses del Curioso Parlante*.

Pero este libro no se ha escrito solo para la posteridad. Por loable que sea componer una obra destinada á la diversion, y tal vez á la enseñanza de nuestros nietos, harto mejor es que esa misma obra dé placer y provecho á los coetáneos del escritor, que le proporcionaron materia para formarla. Pintar, pues, las costumbres españolas de nuestra época, llevando el objeto de corregirlas, es el fin principal que se ha propuesto el autor de las *Escenas matritenses*, DON RAMON MESONERO ROMANOS.

No hay pueblo cuyas costumbres sean de tal manera ejemplares, que no ofrezcan sobradas ocasiones de reprensión y ágría censura: censor de nuestros defectos, que no son pocos, pretendió ser el señor Mesonero. Arriesgada era la tarea en verdad, porque la generacion presente no se compone de niños respetuosos y dóciles á la voz del maestro. El siglo XIX es muy hombre: blasona de libre y de sabio; se niega á reconocer autoridad alguna; se irrita ó se mofa cuando se le hace frente con arrogancia, y su cólera ó su desprecio son para el escritor igualmente peligrosos y temibles. Hablando el señor Mesonero con la risa en los labios á sus quisquillosos compatriotas, disfrazándoles la lección con apariencia de la chanza, pudo atraerse un auditorio cada vez mas crecido, cada vez mas contento con el amable filósofo que castigaba realmente, pero que fingía acariciar.

Aun no bastaba que sus lecciones fuesen festivas; era necesario, para no cansar, que fuesen muy breves, y que remedasen, por decirlo así, la frivolidad del auditorio. Pensó mas de una vez el señor Mesonero pintar nuestras costumbres en una novela: gran falta nos hace este libro, y no podemos menos de rogar á nuestro ilustre compatriota que no abandone un proyecto que, despues de las *Escenas matritenses*, nos proporcionaria otra obra de igual ó de superior mérito; hoy que tan popular es el nombre del *Curioso Parlante*, puede el señor Mesonero emprenderlo todo; pero catorce años há, en 1832, una novela original, por buena que fuese, no hubiera sido leída con el gusto, con el aprecio, con el entusiasmo que los artículos del *Curioso*. Aquellos preciosos bosquejos eran una novedad agradable, una mercancía nueva que no estorbaba ni se oponia al despacho de otra, y satisfacía una necesidad existente; la novela para la generalidad de los lectores no hubiera sido novedad como novela, porque bien llenos estábamos de novelas extranjeras entonces; y en cuanto á la novedad de ser española, esta circunstancia (triste es confesarlo) quizá le hubiera dañado para con el público, en vez de servirle de recomendación. La causa es patente. ¿Qué novelas españolas

de algun crédito se habian escrito en España desde principios del siglo pasado hasta la aparición del *Ivanhoe*, disfrazado con el nombre de *El Caballero del Cisne*? El *Fr. Gerundio*, *El Eusebio*, ambas prohibidas, la segunda parte del *Pais de las Monas*, y no nos acordamos de mas: añádase si se quiere, porque la leyeron mucho en su tiempo, la *Serafina*. Todas las demas novelas impresas durante este tiempo en España, que suman centenares, fueron traducciones del ingles ó del frances, principalmente de este último idioma. Ahora bien, si en España por espacio de un siglo ó poco menos no se habia leído ni podia leerse mas novela que la traducida; por fuerza el gusto de los españoles, en punto á novela, tenia que ser extranjero; por fuerza una obra nacional, diferente de las extranjeras en miras, plan, caractéres, estilo y lenguaje, habia de parecerlos estraña. Recordamos haber oído á un condiscípulo nuestro decir muy de veras que le cansaban las novelas de Cervantes, porque ademas de lo añejo del habla, estaban rebutidas de nombres y apellidos ordinarios ó estravagantes, como *Don Juan de Cárcamo* y *Don Antonio de Isunza*, al paso que en las novelas francesas todos los nombres eran tan bonitos como los de *Dorval* y *Carolina*. Para este amigo nuestro, que representaba el estado de la nacion entera con pocas escepciones, lo estravagante, lo raro, lo peregrino era lo de casa; lo bello, usual y admirable era lo de fuera: no podia menos; á lo uno estaban acostumbrados, y á lo otro no. Con tales inconvenientes hubiera tenido que luchar la novela del señor Mesonero, y con ellos habrán de luchar nuestros novelistas hasta que el mérito y número de sus obras haga perder el pleito á las advenedizas: los artículos publicados en el periódico semanal titulado *Cartas españolas*, no corrian peligro: ningun español ni extranjero nos tenia hechos á esas ligeras y graciosas obritas: el mismo Figaro fue imitador del *Curioso Parlante*. Las *Escenas Matritenses*, escritas desde 1832 á 1842, y participando, como era forzoso, de las circunstancias en que la nacion se hallaba, valen mas y sen mas que una novela, porque son la historia viva del progreso social de España, desde antes de la guerra última hasta despues de la paz.

Quien examine los artículos del primer año ó primera serie, publicados desde enero de 1832 hasta abril del año siguiente, verá con qué reserva se presentaba el autor delante de la censura para no escitar su suspicacia, para no incurrir en su tremenda ojeriza. Guiado, impelido por su espíritu observador á descubrir el vicio donde quiera que se refugia, no puede menos de indicarlo donde lo encuentra; pero sus reticencias prudentes hacen al lector comprender cuánto mas diría si el poder no le tuviera sujetos los labios. En los dos artículos titulados *La Empleo-manía* y *La Político-manía*, en que se echa menos la viveza y chiste de los que les preceden y siguen, el lector al momento conoce por qué el *Parlante* habla tan solo de los que pretenden y no de los que reparten empleos: de los que deliran tratando de política, y no de los políticos delirantes: aquella era la fruta vedada; tocar á ella era perder la gracia y esponerse á la muerte. Sin embargo, en el artículo de *Grandeza y Miseria*, al bosquejar con cuatro toques las oficinas de la casa de un poderoso, nadie podia desconocer que el travieso crítico dibujaba las del Estado. Sencillos, amenos, breves, limados y cautelosos los artículos de este primer tiempo, van ganando gradual-

mente intencion y soltura: en el que lleva por título 1802 y 1832 ha dado ya el autor un paso grande: en *las Tres Tertulias, la Capa vieja, el Dominó, el Día de fiesta y la Casa de Ceri* antes, la pluma del Curioso corre todavía mas fácil y ejercitada.

Aquella pluma necesitaba volar: los acontecimientos políticos de nuestro país le dieron licencia para remontarse á cualquier altura, para descender á cualesquiera profundidades. Con todo, el comedido censor moral no tomó sino los grados de libertad que necesitaba para continuar su obra y hacerla completa, rehusando entrar en el campo de la política, recinto muy estrecho para quien tenia por suyo el vasto dominio de las costumbres. Emprendida nuevamente en 1835 por el señor Mesonero la tarea comenzada tres años antes, vimos en los nuevos partos de su ingenio mayor firmeza de pulso, mas movimiento, mejor combinacion y mas desenfado en el desempeño: en los primeros ensayos lucia una especie de belleza reposada y modesta, hija de una época de sosiego y de servidumbre: la continuacion de estos ensayos (no ensayos ya, sino obras cabales) ostentaba la belleza varonil de un carácter enérgico, desarrollado en medio de la libertad y de los combates. Compárese por ejemplo el artículo de la primera serie, titulado: *La filarmónica*, con el de la segunda titulado: *Costumbres literarias*: compárese *La comedia casera* con *El romanticismo*; *Las ferias* con *El día de toros*; *San Isidro* con *El entierro de la sardina*; *El extranjero en su patria* con *El recién venido*, y *La calle de Toledo* con *La posada*: es otro el autor y otra la España que descubrimos entonces: uno y otro habian adelantado mucho; la reputacion del señor Mesonero Romanos estaba hecha: su obra por entonces estaba concluida.

Porque una obra es, lo repetimos, la del señor Mesonero, y no una coleccion de obrillas sueltas escritas al acaso, hijas del capricho. Esta obra tiene su héroe, su protagonista, principal figura, ó personaje de interes principal, que es el *español virtuoso, noble y sabio de ahora*, igual casi al de todos tiempos; pero esta respetable figura, como la *Casina* de Plauto no sale de entre bastidores, para que el vulgo no la profane; y como la estatua de Bruto, luce mas porque se la echa menos. El señor Mesonero quiere mejorar las costumbres; por consiguiente saca solo á las tablas aquellos personajes cuyas costumbres necesitan enmienda, las cuales forman los numerosos episodios de este poema: aun en los poemas clásicos valen mas los episodios que la accion principal. «Corrigete de ese vicio,» dice el autor á cada uno de los personajes que censura, «y tú y el país ganareis mucho en ello: estos son los defectos de que adolece la sociedad española: lo que no está aquí es lo respetable y lo bueno.»

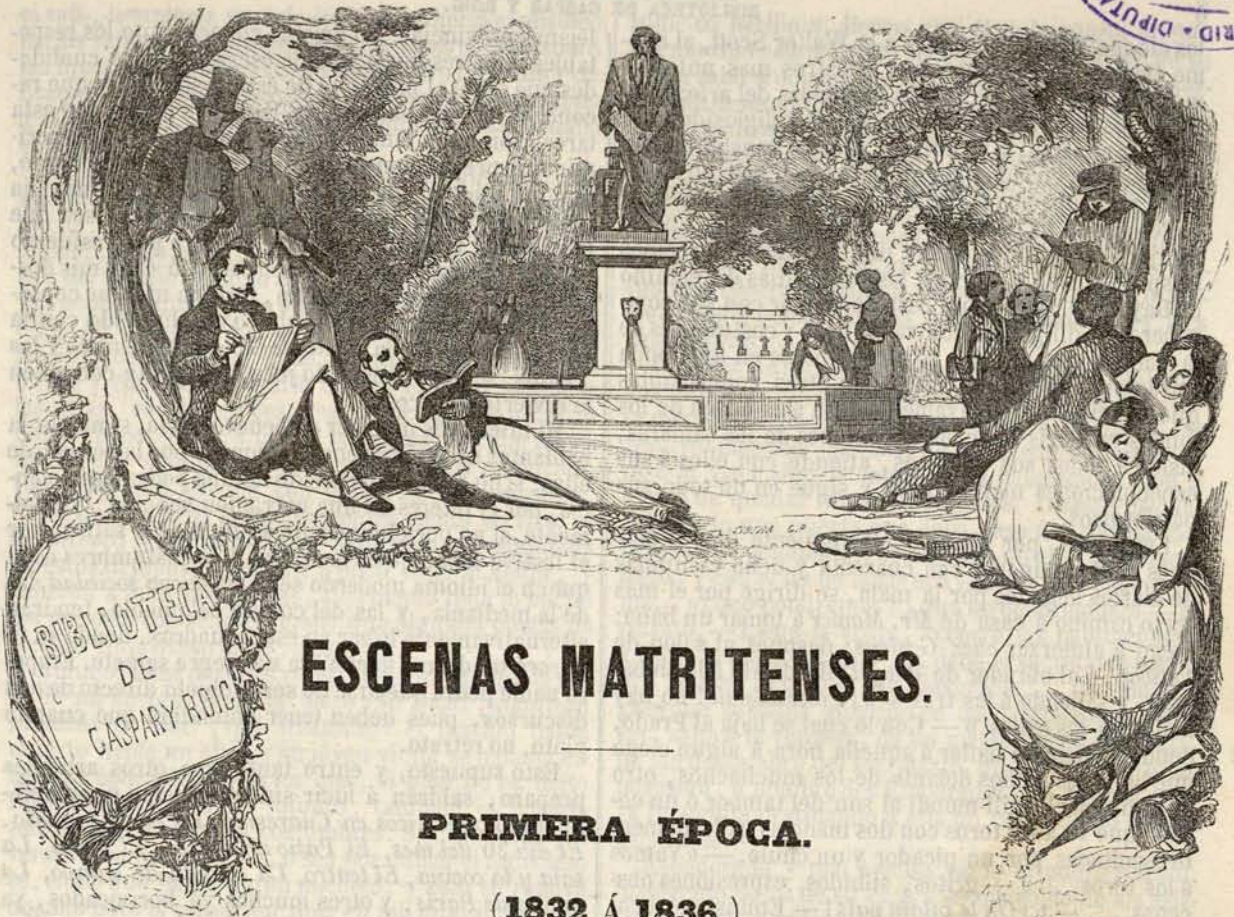
Estos personajes episódicos, pues, que son á su vez los principales en las escenas que les corresponden, están descritos con una habilidad superior á cualquier elogio: son la verdad misma. ¿Quién no conoce en Madrid algun empleado antiguo ó cesante, igual, punto por punto, al don Homo-bono Quiñones del señor Mesonero? ¿Quién no tropieza, una vez á lo menos al día, con don Policarpo Omnibus de los Santos? ¿En qué compañía de aficionados no ha ocurrido un desman parecido al que se refiere en el artículo de *La comedia casera*? La mano que traza estas líneas conserva una cicatriz, indeleble recuerdo de una catástrofe semejante. Aquella Jacinta, hija

de don Melquiades Revesino, aquella Paquita tan diestra en el manejo de la mantilla española, Paca la Zandunga, la tia Blasa, el tio Mondongo, el casero-procurador y todos los demas personajes de *El día de toros*, incluso el alcalde de barrio, ¿de cuál de nuestros lectores no son conocidos? Sobre todo ¡ah! ¿quién no se conoce en el artículo eminentemente filosófico de *Antes, ahora y despues*? Así fueron nuestros padres, así somos nosotros, así serán nuestros sucesores, como el escarmiento no nos enseñe para enseñarlos.

Útiles, amenas, breves, llenas de verdad, estas preciosas páginas, corrian sin embargo el peligro de cansar por la monotonía que pudiera producir la semejanza de los asuntos; pero el señor Mesonero ha sabido introducir en su obra una gran variedad, empleando todos los tonos desde el mas humilde al mas grave: hasta los acentos de la poesia han venido á dar efecto y realce á la fácil y discreta prosa del Parlante Curioso: por cierto que no merece perdon el que escribiendo romances como el del *Coche simon* y la *Beldad parisiense*, no cultiva mas el género. Sonríase maliciosamente el lector con *El paseo de Juana* ó *El alquiler de un cuarto*: riase á carcajadas con la *Junta de cofradía* ó *El recién venido*: el Curioso Parlante sabrá mesurarnos con el tono melancólico del artículo titulado *La Empleo-mania*, conmovernos con el de la *Casa de Cervantes* y *La noche de vela*, estremecernos tal vez con la terrible perspectiva de *El campo santo*. Aquello es saber escribir: saber sentir, saber pensar.

¿Diremos algo del estilo del señor Mesonero? ¿Para qué, si nuestros lectores van á juzgar de él, ó mas bien, á dejarse seducir por él desde la primera llana? Únicamente manifestaremos que ese estilo es propio y peculiar del autor: bien que con toda su obra sucede lo mismo. Don Juan de Zavaleta en el siglo xvii, Addison en el pasado, Jouy, Paul de Kock y otros en el presente, escribieron en este género y bien; pero escribieron otras cosas, ó cosas parecidas presentadas de otra manera: los buenos ingenios coinciden mil veces en ideas, bien que varian infinito en la forma de expresarlas, así como todos los hombres blancos y rubios se parecen en el color del cutis y el pelo, sin tener por eso las facciones iguales. La concision y el gracejo urbano, ese gracejo que agrada mas cuanto mas al descuido se vierte, caracterizan principalmente el modo de decir del Curioso Parlante; pero aun quizá es mas de elogiar en él su carácter inofensivo. Las Escenas Matritenses son una prueba irrecusable de que se puede escribir en el género festivo sin emplear groserias, dieterios ni suciedades, sin hacer agravio á las leyes ni á las personas, y sin pedir al idioma frances elegancias que en el nuestro no son de recibo. El señor Mesonero ha visto nuestra sociedad tal como es en el día, es decir, separándose mucho de lo que fue, conservando un poco de lo que ha sido, dudosa y vacilante acerca de lo que será en lo sucesivo: así la ha trazado en sus cuadros, pintando tipos generales, en que ninguna persona determinada se encuentra, porque el fin del autor no es mortificar, á ninguno, sino buscar el provecho comun de todos. *Aucun fel n'a jamais empoisonné ma plume*, ha podido decir como Crébillon el señor Mesonero: no envidiamos la gloria de los que no pudieren decir otro tanto.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



ESCENAS MATRITENSES.

PRIMERA ÉPOCA.

(1832 Á 1836.)

LAS COSTUMBRES DE MADRID. (*)

Dificile est proprie comunia dicere.
Horat.
«Este que llama el vulgo estilo llano, envuelve tantas fuerzas, que quien osa tal vez acometerle, suda en vano.»
Lupercio de Argensola.

GRAVE y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginación viva, de una sutil penetración; si no reúne á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudición amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El trascurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones é intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Así que un frances actual, se parece muy poco á otro de la corte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporción.

Los españoles, aunque mas afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamorfosis, que se hace sentir tanto

mas en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros. Añádanse á estas causas las invasiones repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viajes esteriore, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesas, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo, la falta de una educación sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rígidos moralistas, ó los festivos críticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que, en medio de esta confusión de ideas, y al traves de tal estravagancia de usos, han quedado aun (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nación, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificación que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas extranjeros, han intentado describir moralmente la España; pero ó bien se han creado un país ideal de romanticismo y quiotismo, ó bien desentendiéndose del trascurso del tiempo, la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes..... Y es así como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años á esta parte con los pomposos títulos de *La España, Madrid ó las costumbres españolas, El Español, Viaje á España, etc. etc.*, se ha presentado á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; á las mujeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada*; así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un saltador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapies una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras y los romances de

(*) Creyendo el autor de esta obrita que acaso no carecerían de interes algunas notas aclaratorias de ciertos artículos, y relativas á la historia literaria y social de la época que comprenden, pensó adiconarlas en su respectivo lugar; pero habiendo resultado algun tanto largas dichas notas, las remite á la conclusión de la obra, donde las hallarán sus lectores. (Véase la 1.ª)

los ciegos, dándoles un aire á la Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y así en fin los mas sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene á España un extranjero (y principalmente uno de vuestros vecinos traspirenaicos) y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda extranjera, donde se reúne con otros compatriotas que se ocupan esclusivamente de la alza ó baja de los fondos en Paris ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus pátrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el mas corto camino á casa de *Mr. Monier* á tomar un baño; luego á almorzar *chez Genieys*; despues al salon de *Petibon*, ó al obrador de *Rouget*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres — « ¡ *Peste de pais!* no hay nadie en las calles. » — Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. — « Vamos á los toros..... » — gritos, silbidos, espresiones obscenas..... — « ¡ *Oh le vilain pais!* — Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota — « *En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente.* » — Sale de allí y baja al Prado al anocheer; hay mucha gente, pero ya no se ve. — « *Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve.* » — Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: « *Las pequeñas piezas en España son pitoyables.* » — No le parece tanto otra pieza que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballeresamente á hacerla; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: « *Las mujeres en España son estremadamente amables,* » — dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. — Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablarle en frances, y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de *don Gomez* con *donna Matilda*, ó *donna Paquita* con *don Fernandez*. — Pasan así quince dias, vuela rápidamente á Bayona, y á poco tiempo « *Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur;* » — y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epigrafe el: « *Suivez moi, je vous ferai connoître Madrid.* » Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del *Manual*.

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad, y deseando ensayar un género que en otros paises han ennoblecido las elegantes plumas de Adisson, Jouty y otros, me propuse, aunque siguiendo de lejos aquellos modelos y adorando sus huellas, presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nacion, y mas particularmente de Madrid, que como córte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las de las

lejanas provincias. No dejo de conocer que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfeccion como en aquellos paises, sea que marche por un campo virgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea en fin, fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con la *Comedia casera*, la *Calle de Toledo* el *Retrato* y las *Visititas*, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interes de una narracion sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijon de la sátira, por el festivo lenguaje de la critica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la mediania, y las del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento *Los cómicos en Cuaresma*, *La empleo-manía*. *El dia 30 del mes*, *El Patio del correo*, *El pleito*, *La sala y la cocina*, *El teatro*, *La comida de campo*, *La vuelta de Paris*, y otros muchos ya borrajeados, ya *in pectore*, donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios y todos los ridiculos que forman en el dia nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se venga al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las extravagantes caricaturas en que le han presentando sus antagonistas. ¡ojalá que guiado por una luz diáfana acierte á llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: « *Sic nunc sunt mores.* » — « ¡ Tales son nuestras actuales costumbres! »

(Abril de 1832.)

EL RETRATO.

* Quien no me creyera que tal sea de él, al menos me deben la tinta y papel.*

Bartolomé Torres Naharro.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenia una esposa jóven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las mas brillantes de la córte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacia á veces la partida de mediator á la madre de la señora, decidia sobre el peinado y vestido de esta, acompañaba al paseo al esposo, disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en

el sofá, tararearía un ária italiana, cojería el abanico de las señoras, haría gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracerío con otro camarada, y en fin, me daría tono á la usanza... pero entonces... entonces me lo daba con mi mediador y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquila, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenia de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violin, y salieron á lucir las parejas, alternando toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas de *tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví á Madrid y pasé á la casa de mi antigua tertulia: pero ¡oh Dios! ¡*quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! el marido habia muerto hacia un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el espediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aun sobre el sofá. — «¿Le mira V.?» (esclamó): «¡ay pobrecito mio!» — Y prorumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego un don *No-sé-quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: — «Está visto, doña Paquita, que hasta que usted no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo;» — y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se dispuso que la menguada efígie seria trasladada á otra sala no tan cotidiana; volví á la tarde, y la ví ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leído á Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir:

¿Mas de qué vale un retrato.
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! solo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (*).

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco despues la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el seminario de nobles; y no hubo mas, sino que á dos por tres hicié-

ronle su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues á llamar al jóven al campo del honor; corrió á alistarse en las banderas pátrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fué entre ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caia encima... «¿qué pondremos? ¿qué no pondremos?» — El retrato. — Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!... un maldito gato que se habia quedado en las habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asenderado y mal trecho yacia el pobre retrato, maldecido de los de su casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenian, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenia un hijo que habia asistido seis meses á la academia de San Fernando, y se tenia por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber mas de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres, pero en cambio encontré mas *elegancia*, mas *ciencia*, mas *buena fé*, mas *alegría*, mas *dinero* y mas *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á la luz de un candilon; algunos calesines en que ir á los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no pasa día por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, en verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demas calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aque-

(*) Mais qu'est ce qu'un portrait quand on aime bien fort?
C'est un mari vivant qui console d'un mort.

lla inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera ó Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario; no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

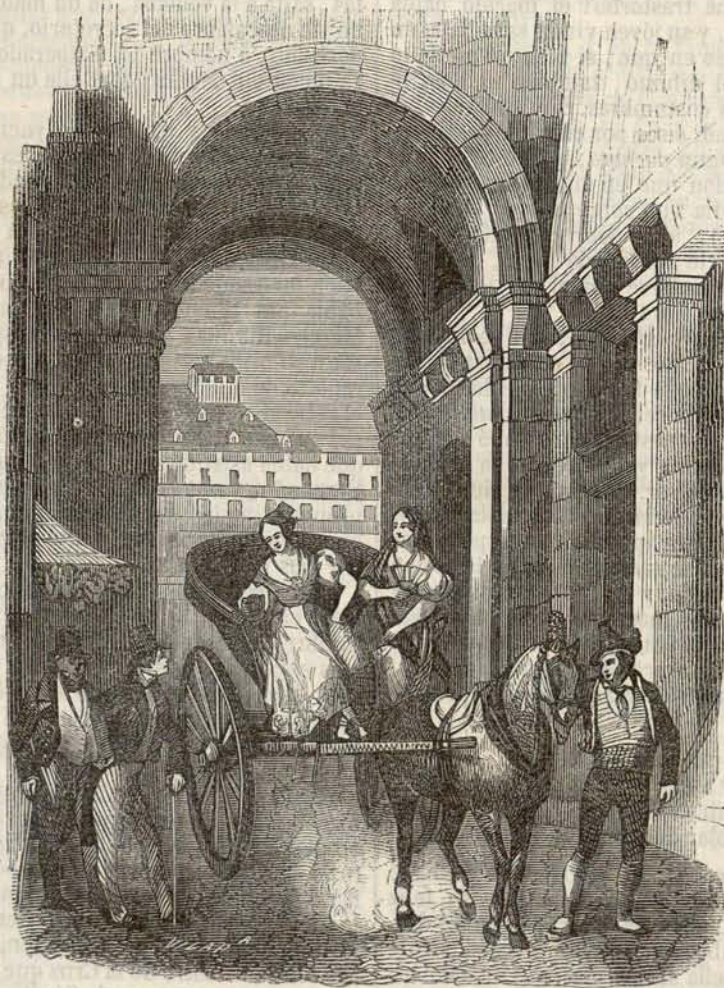
Abismado en ellas subía por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacían inmediatas, cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mío! exclamé: ¿y es aquí donde debía yo encontrar á mi amigo?» —

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imagen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valía el cuadro. — «Lo que V. guste,» — contestó la vieja que me lo vendía; insistí á que le pusiera precio, y por último me lo dió en *dos pesetas*: informéme entonces de dónde había habido aquel cuadro, y me contestó que hacía años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndole volver en breve á rescatarlo, pues segun decía, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, re-

formándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personaje á quien se lo iba á regalar; pero que habiéndole pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenía escrupulo en venderlo, tanto mas, cuanto que hacía seis años que salía á las ferias, y nadie se había acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado á no ser porque le solía servir cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oír esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez á las ferias? ¿ó acaso alterado su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala? ¿Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que ví en este, me felicito mas y mas de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato, ¿para qué? para presidir á un baile, para escitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinchas; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por *dos pesetas*. (Nota 2.^a)

(Enero de 1852.)



La calle de Toledo.

LA CALLE DE TOLEDO.

«Como aquí de provincias tan distantes concurren, ó por gracia ó por justicia, diversas lenguas, trajes y semblantes; Necesidad, favor, celo, codicia, forman tumulto, confusion y prisa tal, que dirás que el orbe se desquicia.»

B. de Argensola.

Pocos dias há tuve que salir á recibir á un pariente que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la

rápida diligencia, no el brioso alazan, sino la compasada galera en que debía venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de los Angeles acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho mas hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchon, y *pian pian* enderezamos hacia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

—Y bien, primo mio, ¿qué te parece del aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que es *la perla del desierto*; y oyez, y tuvieren rason zus fundadores en zituarse sobre alturas, porque zinó, con ezte rio, adonde vamo-ha-paral....

—Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí este, que si no es gran puente, por lo menos es un puente grande.

—Zin duda, y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz copillaz que disen...

Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano, de *Rioseco*;
La que haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos,
La que...

¿Acabarás con tu pintura?—Rason tienez; punto y coma y á otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta.—Y con efecto fue así, porque llegando á esta, y mientras se verificaba la operacion del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto, aunque una buena dosis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; ademas es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condicion harto esencial, y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se estrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual, y escitarle á hablar, anudé el interrumpido dialogo de esta manera.

—Vas á entrar en Madrid (le digo) por el cuartel mas populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el mas elegante, sino aquel en que la córte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel en fin en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*.

—Punto ez ezte, dijo mi primo, para observarle zentados; aprovechemos ezte poyito.

No bien lo habíamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. El iba, venia á todos lados, retozaba con los demas, blandia su vara, ceñia y deseñia su faja, agujaba las mulas, contestaba á las preguntas del resguardo, yregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traian á Madrid; y muy luego supimos por su misma boca que

pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; lijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata; y trasladarse despues á una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos, que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de estremeños; que conducian las picanterias producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cotidiana olla española. De estos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecian uno mismo aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traian á este por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género, y demas, concluyendo con una ventajacion choricera capaz de escitar al mas inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual: traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie á tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, espresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luego á contar sus pellejos, mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si este decia veinte, ellos sacaban diez y nueve, y volviendo á contar solo resultaban diez y siete; por último, se fijaron en diez y ocho, pagaron su cuota y echaron á correr.

Otro carromato.—¿De dónde?—De Murcia y Cartagena.—¿Carga?—Naranjas y granadas.—Al menos es cosa de sustancia.—Ahora van Vds. á probar que la tienen.

—A un lao, zeñorez (esclamó mi primo levantándose), á un laito por amor de Dios, que viene aquí la gente.—Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entran por la puerta con sendos ginetes encima.

—A la paz de Dios, caballeroz; saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacia de amo de los demas.

—Toque esos sino, paizano — dijo mi primo sin poderse contener — «¿de qué parte del paraizo?»

—De Jaen, replicó con un ronquido el viejo.

—Buena tierra zi no estuviera tan serca de Caztiya.

—Maz serca ezta del sielo.

—Como que tiene la cara de Dios.

—Y como que zi; pero dejando ezto ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mí) de dónde han traído ezta puelta? porque ó me engañan miz vizualez, ó no eztaba añoz atraz cuando yo eztube en ezte lugar.

—Así es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte á la capital.

—Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mesquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamoz en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habíamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que

llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados en la puerta, nos persuadimos de que habrían tratado de imitar el milagro de las bodas de Canaan.

Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías, tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la alicion al vino debe ser comun á todas las provincias. Yo solo le contesté que son ochocientas diez y seis las tabernas que hay en Madrid. Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corro de mugeres cosiendo al sol, cuándo con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren; asurianos que retozan; carreteros que descargan á las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aquí una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia; por el otro un entierro solemne....

Favor á la justicia.—*Agur, camará.*—*Requiem eternam.*—*Puéya... ¡el demonio del ustá!*—*Caballero, una calesa.*—*Vaya usted con Dios, prenda.*—*Chas... á un lado, la diligencia de Carabanchel.*—*Aceituna bué...*—*Señores, por el amor de Dios.*—*Riá... tomá... só... ó... ó... generala, coronela.*—*Perdone usted, caballero.*—*No hay de qué...*

Con estas y otras voces, la continua confusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

—¿Qué haces ahí parado? le pregunté con algun ceño.

—Qué he de haser, hombre; estoy recordando todo el Buffon á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez eze que eztá ahí ensima.—Majadero, ¿no conoces que es el leon?...—Como no lo dice el letrero...—Vamos, vamos.

Parador de Cádiz.—«*Aquí se sacan muelas á gusto de los parroquianos.*»—«*Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.*»—«*Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.*»—«*Aquí se venden hábitos para difuntos completos.*»—«*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*»—«*Aquí se venden sombreros para niños de paja.*»

—¿Qué demonios estás diciendo?—Leo las muestras, contestó mi primo.—Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio....—Pacito, primo, que tengo buen humor, y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñen la horca antes que el lugar.

Tremendos cartelones.—Teatro del Príncipe.—*El castillo de Staonins-Coyz ó los siete Crímenes.*—Cruz.—*Los asesinos elegantes.*—Sarten.—*Horror y desesperacion,* drama melo-mimo-lóbrego.—Oyez, primo, y ze entretienen los señores madrileños con eztaz lindesaz?—¿Qué quieres, ¡el gusto del siglo!...—Pue hemoz llegao á un ziglo divertío.

Soberbia perspectiva base eza iglesia.—Como que es la principal de la córte y dedicada á su santo patrono.—Póngaze en primer lugar en mi libro para visítarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos á lo lejos una calesa con la cubierta echada atras y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes á la capital del orbe pasaron mas orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados, que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y co-

loreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venian echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí de la turbacion de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

—Oiga, señor vision (le dijo), déjenos el paso franco.

—¿Adónde van las reinas?

—A perderle de vista.

—Si nesesitazen un hombre al eztribo....

—¿Y son así los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!

—Y qué, ¿no me han de dar un poco de naranja?

—Tome el rocin venido.

Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia por no irritar al pobre mozo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aquí.

(Febrero de 1852).

LA COMEDIA CASERA.

«On sera ridicule et je n'oserai rire?»

Boileau.

Los hombres no reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, mas próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que á él le ocupáran en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaría que iba V. á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?—

Tal le decia yo á mi vecino, don Plácido Cascabelillo, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

—Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó á alcanzar con los lábios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad queria volver á la jicara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.—¿Y se puede saber cuál es la escena?—Oígala V.

—Este jóven, á quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejó de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carna-

val una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (riase V. un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

—Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicarón á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

—Ya V. conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándole las gracias por su distincion, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision de *buscar casa*, comision de *decoraciones*, comision de *candlejas*, comision de *copiar papeles*, comision de *trajes* y comision de *permiso para la representacion*. De esta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demas.

El contarle á V., amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, seria nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de mas fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oígalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, *la Pata de Cabra*, *la Cabeza de Bronce*, el *Viejo y la niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico á palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *García del Castañar*, *la Misantrópia*, *Sancho Ortiz de las Rocas* y el *Café*. Ya V. ve que en nuestra junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaban dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de cincuenta y ocho años, se creian adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba á una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian á los segundos apenas sabian hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas que *no hablan*, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, ví varias veces desconocida mi autoridad. Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el órden, y á instan-

cias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagradarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á V. que en estos veinte y cinco dias se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripcion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia V. de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quien reñia con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, señores.—Mas alto.—Conde, que le está á V. manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama á V. el rey don Pedro.—Esos brazos, que se meneen.—V. sale por aquí y se vuelve por allá.—Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego.—Eso no vale nada.

Por este estilo puede V. figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á V. un billete.—

Acepté gustoso el convite y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol mas en el portal, nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuimos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los socios corrian aquí y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos; alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el antejo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon, que se levantó en aquel instante.

—«¿No me escuchas?
—¡Qué molesta
y que cansada mujer!
—Siempre que te viene á ver
debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetía yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Así fue repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante.

Quando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galán de una dama altísima, que me hacia temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salía atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecían todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el inevitable pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de



El Teatro Casero.

una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacia de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacia de rey, así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reído á mi sabor si hubiera estado solo; y fue, que un oficial que sentaba detras de mí, dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entonces siento infinito haber creído que su hija de V. lo echa á perder.

—Diga V. que el galán no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha).

—Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay mas que ver.

Por fin volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de don Tello á la presencia del rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al *Rico-hombre* con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

«á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas,»

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; este, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapa-

reció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenia por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya*; y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

LAS VISITAS DE DIAS.

« On s'embrasse on s'etuffe à force de tendre esse, et tout bas on medit de celui q'on caresse. »
Picard.

ENTRE las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquisima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fue mas importante el calendario, así como resultaron mas clásicos que los demas algunos dias del año. Cuando se aproximan v. gr., el 1.º de enero, el 19 de marzo, el 24 de junio, el 16 de julio, el 8 de setiembre, el 8 de diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles! Amanece el dia feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el mas lisonjero aspecto; triples órdenes de terneros,



Las Visitas de dias.

salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposicion del cuarto. ¡Qué dia para los mayordomos! ni la bolsa de Londres ofrece mas animacion, mas combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcainas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados,

y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. Empieza despues el movimiento rápido de barberos que aquel dia tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luego los peluqueros de antaño y los de hogaño; los sastres de allende y de aquende, y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estátuas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los dias; el mejor sin duda es el que va acompañado de alguno de aquellos

apéndices; pero aquí no se trata del mejor; solo si se quisiera trazar el mas elegante.

Las ocho, «el barbero;» las nueve, «el peluquero;» las diez, «el sastre....» el sastre no parece.... ¡maldito sastre!... las once, ya está aquí;—á ver, probemos..... nada, no vale nada, llévesele V., maestro; las doce, —señor, la berlina de la calle del Baño...»—vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir *de mañana* antes de las dos de la tarde.—«¿Adónde, señor?—A la calle de Atocha, número.... casa de don Sinforiano Calabaza.—El lacayo, repitiendo la orden al cochero, cerró de un golpe la portezuela, y echamos á andar.

A este punto y hora saqué mi cartera y empecé á recapitular.... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas.... no es nada.... En seguida me puse á contemplar las tarjetas hechas *ex profeso* para aquel día. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla.... luego, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una orden militar, como hacen otros, no sabia cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al revés, pero eché de ver que las volverian y quedarían al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias; todas sufrieron mi inspeccion, hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Pericles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramaje oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decian. Muy satisfecho de mi invencion, me felicítaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas, y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de don Sinforiano, y al ir á entrar me hicieron saber que él se habia marchado huyendo los cumplidos,—«pero pase V. á la sala, que ahí están las señoras....»—Las señoras no estaban, y antes que se presentasen ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer el diario. Apareció en fin la mamá á medio peinar, y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido antes. Yo se las dí igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa á eso de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando un *aria* coreada que habia de cantar la niña á la noche. Mi aparicion en la sala turbó á la amable cantatriz, en términos que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y estemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras no recibian, siendo así que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas no pude menos de conocer *que habian recibido*.

Gracias á Dios á la otra me hallé ya con la sociedad mas en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision....

—¿V. ha visto qué tiempo, señor don Fulano?

(saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá.)

«Ya, ya está bueno;»—y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones particulares, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza:—«¿Ha visto V. qué tiempo, mi señora doña María?»—dijo la mas vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó esta á su ordinaria frialdad, y ya habiendo pausas de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal, y luego otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacia mal tiempo*. Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que mas. Hervia la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mientras su mamá, su abuela, su tia y hermanitas, ofuscaban con sus ricos trajes y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de estos, y habiendo sustituido toda la riqueza del orden corintio á la sencillez dórica, apenas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veia casi diariamente; reianse de mis escesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza agitando los abanicos, hasta que en fin ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías.... Allí la conversacion fue mas alegre, mas sustancial.... se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan *virtuosamente dillettantis* se dijeron por aquellos señores! ¡qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡qué de otras snbieron á las nubes!... Por último, convinimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, gefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806 en que subió á su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, solo les opone una desdeñosa compasion. Entré en la sala, y me le encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componíase la reunion de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables y algun otro jóven, hijo de estos ó meritativo de la oficina, que se ocupaban mas que ligeramente de la posteridad del señor don José, y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harian subir *legalmente* una casilla mas arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y varia, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que oyendo las tres, se levantó don José para rogarme que me quedara á comer: neguéme absolutamente á ello, pero no pude escusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual me se hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas*, repetí á estas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacia desde el coche subir la tarjeta con la apostilla *en persona*. En otras me sentaba en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacia tres cortesías, me sentaba, me

levantaba, hacia seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos, tiempo y ópera. Deseando darla pábulo tomaba en unas la defensiva de lo mismo que habia atacado en la anterior, y á lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones ó á todos sobre lo mismo que habian dicho á mi vista! ¡Qué de criticas de las casas anteriores; qué de glosas sobre los trajes, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salia poco despues, y allí era ella... ¡qué complots!... ¡qué sátiras!... ¡qué mala fé!... ¡Cielos! ¿y es esta nuestra sociedad?...

Conociendo en fin por las miradas, las sonrisas y los secretitos al oido, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el mas atrevido y el mas hablador es el que luce á costa del hombre prudente y moderado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé á la última casa, adonde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse de todo. Iba me yo poniendo al corriente de los distintos caracteres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y.... pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.

(Marzo de 1832.)

LOS COMICOS EN CUARESMA.

»Y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

Cervantes. Lic. Vidriera.

«AMIGO mio: hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de V. á estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en esa donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y mas para V. No me estiendo á mas, porque V. comprende mi idea, y solo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. Adios, amigo mio.»

Tal, punto por coma, fue la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de... poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me ví en la vida; porque si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado mas allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo. Pero en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de don Pascual Bailon Corredera, el hombre mas á propósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando un entierro; ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre en fin que yo necesitaba, y sin

perder momento corrí á avistarme con él: hallé componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia á mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo, echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual, sin manifestarme adonde me conducia, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.

—«Porque ya sabe V., añadió, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo año cómico, bajan á Madrid los autores ó formadores de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía, por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo ó individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reúne las partes que le convienen, y sin mas adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el veinte y cinco por ciento ó mas del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquellas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido*; verbi gracia A, primer galan, entra con partido de cuarenta reales; B. con treinta; y C. con veinte: siendo la entrada doscientos veinte y cinco reales tocará al primero cien reales, al segundo setenta y cinco, y cincuenta al tercero, á razon de *dos partes y media*; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan á cobrar mas de *media parte ó un quarteron* del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos de la legua, y aun los de las primeras capitales de provincia. Solo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dársele tambien á la escena; las demas son compañías de *pirijaña*, como ellos dicen.

—«¿Y hacen ellos esa distincion?»

—Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea V. al famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima esplicacion de las ocho maneras de comparsas y representantes, á saber: *Bululú, Naque, Gangarilla, Cambaleo, Garnacha, Bojiganga, Farándula y Compañía*. Léale V, pues, que es rato divertido.

—«Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.»

—Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis esplicaciones.

—Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que segun mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan; subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho; mas toda ella se reducia á un cigarro que habia faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores á fuer de *damas y galanes nobles* chillaban tanto y tan de recio,

y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza,

«dame el cigarro, ó las habrás con Roque,»

hubimos de entrar de partes de por medio para terminar aquella escena que podría figurar airosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fue á la lid aquella heroína, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo de carton, separadas las meleas nada airosas que cubrían su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el coraje habia eclipsado:

— «¿Es V., mi querida Narcisca?» (esclamó don Pascual con un arrebató verdaderamente dramático).

— ¡Don Pascual! V... pues... ¡quién habia de pensar!...

— ¡Ingrata! ¡y qué poco ha conservado V. la memoria de mi cariño!

— ¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado V. mi amor!

La esplicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos al rededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marsellés de calesero y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavio habia un carton que en letras gordas decia: «Traje de Oteló y demas moros de Venecia y de otras partes.»—Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV, llevaban por distintivo: «Traje de Carlos V sobre Tunez.»—Una mantilla de tafetan con lantejuelas y un vestido de percal francés: «Traje de Dido, y tambien de la viuda de Malabar, con un crespon negro.»—Un tontillo, una escofeta y un jubon con faldillas: «Traje de Semíramis, de la Esclava del Negro Ponto y demas comedias de Moratin.»—Un pantalon de mahon figurando carne, una camisa de mujer y un cinto de cuero: «Traje de Isidoro en el Orestes.»—Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje hasta unos ocho ó diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de don Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisca por su marido:—No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que...—Pues luego, ¿esos trajes de moros y cristianos?...—Esos trajes son... son...—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata.

—Ahora mismo, contestó don Pascual: por de pronto ya tenemos dama.

—Fáltanos sin embargo el galan, á menos que usted...

—El galan, replicó Narcisca, le hallarán Vds. con todos los demas compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole á V. con franqueza, añadió en voz baja á D. Pascual, él no es gran cosa, pero...—Lo demas de la esplicacion no lo pude oír. Levantóse de allí á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisca emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervia ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrían, se agitaban, se reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular: aquí un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa, cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos aga-

saban y perseguian; mas allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrían á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la córte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encañecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya habian firmado. Por via de sainete se reian de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas exageradas contribuian á mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando estas, las hacian volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra árdua operacion; hiciéronlo así, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio. No bien corrió la voz de que éramos formadores, nos empezaron á sitiár, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y mientras un galan de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salía por entre sus despopladas encías, una barba mal encarado con voz cigarreña y aguarmentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso, subido en un guardacanton, nos ensordecia á gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.

—Pues señor (haciéndome tres cortesías), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado ha V. la escoria del arte, porque ha de saber V. que esos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de conformes, como decimos nosotros. —Y con esto se fué estendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque á decir verdad, sospeché por su esplicacion que él debía ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor. Tratabame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de Narcisca, que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á este y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un particular que celebraban á la noche. —¿Y qué es un particular? repliqué yo. —Llámanse así, me contestó uno de los mas mesurados, las tertulas de exámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oír á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sugetos particulares.

«Solian, con efecto (dice Pellicer), los señores, los togados y la gente principal, llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos pasos y aun comedias, y cantasen, despues de haber representado en los corrales; y á esta diversion ca» sera llamaban un particular.»

—Que me place, digo yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, dis-

curriendo alegremente sobre lo que habíamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convite.

Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio este con varias relaciones de la Moza de Cántaro, La Vida es sueño, y el Tetraarco de Jerusalem, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de Otelo, entre la bella Narcisa y su compadre el galán de la plazuela. Difícil sería pintar la originalidad del modo de representar de este; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos: solo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; así como al contrario la dama por su naturalidad hacia nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oír los aplausos á esta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puerta de la alcoba, donde ademas se apercibía un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sugeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira), fué animándose hasta el punto en que dice esta:

.....« Todo me mata,
» todo va reuniéndose en mi daño... »
— « Y todo te confunde, desdichada. »

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto, pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquella,

« Mirame, ¿ me conoces?... ¿ me conoces?... »

la dice con toda la verdad y rabiosa espresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestacion y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshacíamos á aplausos y bravos, y estos crecieron al oír al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras:

« El cielo soberano te castiga
» por un medio distinto. ¿ Ves la carta ?
» pues mira la *sortija*, aquí la tienes. »

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galán primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponia á recobrar su puesto, y que este no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que allí podría haber algo mas que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente á don Pascual, diciéndome al despedirse: — « Es él... »

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminó yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1852.)

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

« Pláceme los cuadros en narracion, porque en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo. »

Diderot.

Así lo ha dicho un autor frances: por supuesto que lo decia en frances, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no así muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso: vamos á la sustancia de mi narracion.

Yo queria regalar á mis lectores con una narracion de la Romeria de San Isidro, y para ello me habia propuesto desde la víspera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto mas importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras, pero viniendo á mi asunto digo, que aquella noche me acosté mas temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exórdio de mi artículo.

« Romería (decia yo para darme cierta importancia de erudito), significa el viaje ó peregrinacion que se hace á algun santuario, » y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que « se llamó así porque las principales se hacian á Roma. » — Luego vino á mi imaginacion la memoria de Jovellanos, quien considerando á las romerías como una de las fiestas mas antiguas de los españoles, añade: « La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del día al esparcimiento y al placer. » Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, caecia en el siglo xii, y mi imaginacion se dirigia á cavilar sobre la fidelidad de los pueblos á sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y parecíame ver los peregrinos con su bordon y la esclavina cubierta de conchas acudir de luengas tierras á ganar el jubileo del año santo. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aun hoy se celebran en las Provincias Vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrán tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaria de ser peregrina; mas por lo que es ahora no venian á cuento, pues que solo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginacion empero no se durmió: afectada con la idea de la próxima funcion, me trasladó á la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, fundó la ermita del patron de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el príncipe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que segun la tradicion abrió el santo labrador al golpe de su hizada para apagar la sed de su amo Ivan de Vargas. Dominaba desde allí la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen á ella y las elevadas alturas que la rodean, encubrian á mi imaginacion la natural aridez de la campiña; añadase á esto la inmediacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y mas que todo la estensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado mas agradable, ofreciéndome por términos el palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles á la izquierda, el convento de Atocha, el observatorio y el hospital general á la de-

r-cha; al frente tenía la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba ó creía estar.

Mi fantasía corría libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animación, de un movimiento imposibles de describir; nuevas y nuevas gentes cubrían el camino; multitud de coches de colleras corrían precipitadamente entre los ligeros calesines que volvían vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, la mulas enjaezadas hacían replegarse á la multitud de pedestres, quienes para vengarse, los saludaban á su paso con sendos latigazos, ó los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvían de la ermita, cargados de santos, de campanillas y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecían bruscamente á los que iban, y estos reían del estado de acoloramiento y exaltación de aquellos, siendo así que podrían decir muy bien: —Vean Vds. cómo estaré yo á la tarde. —Las danzas improvisadas de las manolas y los majos, las disputas y retoques de estos por quitarse los frasquetes, los puestos humeantes de buñuelos y el continuo paso de carruajes hacían cada momento mas interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor proximidad á la ermita.

—Ya las incansables campanas de esta herían los oídos, entre la vocería de la muchedumbre que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacia sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas iban sucediéndose rápidamente hasta llegar á cubrir ambos bordes del camino, y cedían despues el lugar á tiendas caprichosas y surtidas de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezon de muchachos lorones, tentación perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida, se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; á los puestos ambulantes de buñuelos habían sucedido las escitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta flora; mas allá los dulces de ramillete y bizcochos empapelados ofrecían una interesante batería: y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres mas caros á la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y succulentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela en que vertían sendos cantarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamon le partían y subdividían con todas las formalidades del derecho.

La conversacion por todas partes era alegre y animada, y las escenas á cual mas varia é interesante. Por aquí unos traviesos muchachos atando una cuerda á una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendía; por allá un grupo de chulos al pasar por junto á un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvían á caer impelidos de su propio peso, ó bien al concluir un almuerzo rompían un gran botijo tirándole á veinte pasos con blandos bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedían sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebían agua del santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente les obliga á volver á bajar las gradas penetrando al fin en el cementerio próximo, donde

reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas mientras concluían los restos del mazapan y bizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban á los balconillos ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cobetes al aire.

La parte mas escogida de la concurrencia refluje en las fondas, adonde aguardaban en pie y con sobrada disposición de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas y la incertidumbre en los galanes acompañantes; entre tanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz ó un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocúpase en fin una mesa... ¡qué precipitación para apoderarse de ella! Ocupanla una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, á fuer de galán, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de esta brillan al verla... «Pichones,» «pollos,» «chuletas...» ¿qué escogerá?—Yo lo que Vds. quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad?—«Venga,» gritó el galán entusiasmado.—Y tú, Mariquita, ¿jamon en dulce?—Pues yo á mis pichones me atengo.—Vaya, probemos de todo.—«Venga de todo,» respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevé, aunque tarde, su perdición; mas entre tanto, Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve á empuñar la lista.—«Ahorala fritos y asados,» dice, y señala cinco ó seis artículos al espedito mozo. No para aquí, sino que en el furor de su canino diente, embiste á las aceitunas, saltando dos de ellas á la levita del amartelado; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habían renovado de gente las otras mesas y aun duraba el almuerzo, no sin espanto del jóven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas, cuál mas, cuál menos, todas imitaban á la mamá, y cuando ya cansadas apenas podían abrir la boca, las decía aquella:—Vamos, niñas, no hay que hacer melindres;—y siempre con la lista en la mano traía al mozo en continua agitación. Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídesela la cuenta al mozo, y este, despues de mirar al techo y rascarse la frente, responde:—«Ciento cuarenta y dos reales.»—El Narciso á tal acento varia de color, y como acometido de una convulsion revuelve rápidamente las manos de uno á otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega á juntar hasta unos cuatro duros y seis reales: entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado á la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero á pocos pasos, un cierto oficialito conocido de las señoras, que se perdió á la entrada de la fonda, vuelve á aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no para aquí el contratiempo: á poco rato el excesivo almuerzo empieza á hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el sintoma 14 del cólera se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galán que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver á pie...

No hay remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la

familia; mas el aumento del recien venido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero á esta, para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y chas.... co-mandanta...

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir á la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar á mis lectores lo que pasa en Madrid el dia de San Isidro.

(Mayo de 1852.)

LA EMPLEO-MANIA.

...Hic vivimus ambitiosa
paupertate omnes.

Horat.

PUES como digo á V., el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demas cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; despues aspiró al honor de síndico, y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fué alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su mujer y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo: ahora ya lo necesitaba, porque aquel cada dia era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina, daría su mayorazgo, sus demas bienes, y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos, y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha proteccion, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menós de él; haciendo antesalas y cortesías, consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á V. un ente original?—

—Eso sin duda (replicó don Fidel de la Veracruz, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí hicimos alto como unos dos minutos; sacó don Fidel su caja, ofrecióme un polvo, tiré yo el que tenia entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

—La manía del don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes, se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas del

empleito. Este falso raciocinio, esta terrible manía, es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adúlador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.—

Volvimos á callar y pasamos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera.

—«Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio á una altura mas que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitacion, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la córte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

»Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este dia, que él celebró como el de su triunfo, fue el primero de sus infortunios.

»Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y trasferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Alicante, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veía llamado le hizo variar de plan. Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor; y nuestra casa fue muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendía á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leía en frances y escribía á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

»Llegué á tener diez y siete años, y mis padres, que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que quería seguir. Entonces eché mis cuentas.—¿Comercio?—Yo carecia de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes, y reducirme otra vez á Alicante.—¿Letras?—Yo no las entendia; por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universidad.—¿Milicia?—La verdad, no tenia grandes ánimos, y eso de esponderse uno á que una bala...—¿Iglesia?—¿Cómo, si me sentia inclinado á la *propaganda*?—¿Medicina?—¿Artes?—¿Para todo eso

hay tanto que estudiar!!!—Pues señor (le dije á mi padre), como V. no me coloque en alguna oficina, aunque sea de meritorio...—Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel día empezó á trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y así que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

»El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad: mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas, fijó su atencion en la hija única de mi jefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haria obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á esta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrificué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veía un marido á quien ella habia elevado á su altura; cuya consideracion la hacia insufrible, dándole un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habian educado á ella y á mí. Mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido á intereses!

»Mi mujer era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacia pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un día que se me concedió un sobresueldo de 4,000 reales, y me hizo gastar 12,000 en trajes y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba *su ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones los conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco, así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

»Entre tanto los muchachos cada dia crecian en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante; al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa comercio...

»Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo trasmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á V. que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio, y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro, despues de haber recorrido toda Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos, en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño.»

Al llegar aquí tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *Empleo-mania*. (Nota 3.ª)

UN VIAJE AL SITIO.

«Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sottises du temps je compose mon flei.»

Boileau.

Muy agradable es el viajar, pero lo es aun mas el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras* de cierto autor, el que hizo otro *al rededor de su cuarto*, y aun el de un curioso por Madrid, me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné como alguno á viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise en fin moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fue el saber adónde iria. Parecióme por de pronto conveniente el dar vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene mas de oval que de esférica, y venir á dar á mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte á parte el imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; mas tarde quise ir á buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo, y estoy ya de vuelta. (Aquí el Curioso parlante saluda con agrado á toda la sociedad de curiosos oyentes, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo seria mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte, y demas preparativos del viaje, antes bien dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de la partida.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso sonaba magestuosamente las cinco y cuarto de la mañana,

cuando yo atravesaba precipitado la puerta del Sol con dirección á la casa de postas, de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aun en sus semblantes la impresion de la almohada, agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte mas saliente de la nariz, ó algun trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos departamentos; y los mozos concluian de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«próbanos sus herraduras
en las guijas del zaguan.»

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los adioses, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral: —«¿Hay mas?»—suenan el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la mas lisonjera; hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos: en frente tenia una jóven muy linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante: el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballero, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversacion se hizo mas animada, mas franca; y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fue la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad, y dando á sus palabras el giro mas afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas mas marcadas, eran continuo pábulo á su discurso, y los nombres mas estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguínea ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo menos condesa.

No así la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un exceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigia ciertas miradas escudriñadoras desde el alto copete al pie pulido, escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun renuncio; pero no la fue posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la volvía un diccionario de espresiones altisonantes, y una floresta entera de anécdotas autógrafas de todo lo mas notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Lóndres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo, y que teniamos delante una de las primeras notabilidades de la monarquía.

Nuestras atenciones redoblaban á medida que ella se encumbraba, y muy luego vino á ser la reina de la diligencia; negábalas solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacerla sentir mas su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante, y si al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo tambien la cabeza; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues aunque

ligeramente, noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo, en tanto, metiendo la barba en el corbataín, rizándose el cabello, inflando los carrillos, y fumando un luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes á quienes pertenecian (todos por supuesto amigos suyos): y aun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Jetafe y Valdemoro, que podria muy bien alternar en esta relacion, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi izquierda, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de gefe de alguna de ellas. El señor del humo escuchaba con aire importante su relacion, acogia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofreciale su alta proteccion: seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincon, y empezó á dirigirle la palabra; pero este solo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como *atal vez, —ya se ve, —puede ser.* que desconcertaron al satisfecho jóven poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi esclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oia con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudierón menos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi espresion, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos hojos el oficio que hasta entonces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos espresivo ni menos fuerte que el primero, y... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible. La casadita fue la primera que lo advirtió, ó por lo menos que dió á entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habíamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demas personajes que ocupaban los distintos compartimentos del coche; yo dí la mano á la hermosa para bajar, y me disponia á improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y á quien oí nombrar la marquesa, la llamó aparte y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella seria otra tal. La señorita casada no habia querido bajar hasta que se presentó á la portezuela un jóven buen mozo que la ofreció una mano, cubierta aun del anteaudo guante, y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una mujer diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar en frente del mio; y aunque la otra quiso replicar, no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *apartes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular.

Ocurriósele en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento... ¡oh sorpresa! una mano extraña la retiene... el primer movimiento fue manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocación, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, así como la interesada, que yacía en el otro ángulo del coche. Rápida comunicación que solo cabe en una mente femenil.

La campiña en tanto había variado mágicamente de aspecto; á las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habían sucedido frondosas arboledas, vales encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira. El jóven marido escitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la había sido mas grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufría con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí solo me ocupaba del objeto que delante tenía.

Tal era nuestra situación cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les hacíamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recién venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres. — «Señor don Preciso Necese y su esposa.» — «Servidores de V., dijo el marido. — «Señor don fulano de tal.» — Presente, contesté yo. — «Señor don...» — Aquí está, prorumpió el anciano. — ¡Cómo! ¿es posible? (esclamó reprimiéndose el jóven y llamándose aparte). ¡Desdichado de mí! ¡con quién me he ido yo á indisponer! ¡si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo!... — «Vea V., le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia. — «Señora marquesa de... y su criada, continuó el de los pasaportes.» — Aquí, gritó la señora de la berlina; la criada está en el interior. —

¡Rayo del cielo fue á mis oídos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreía, la esposa gozaba de la humillación de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y aun la devolvió el abanico frunciendo los lábios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo diciéndome al oído. — Amigo, vea V. otro de los inconvenientes de la diligencia. —

En tan difícil situación seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió á su ama, despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacía á cortesías con el anciano, que respondía con su natural indiferencia: yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y mas allá el caballero del guante; con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues del medio día la reunion del buen tono es en la fuente de la Espina del jardín de la Isla; allí dirigí mis pasos, saboreando durante la travesía por el jardín el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio de quien decía Lupericio:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.»

Entrando en la plazuela de la fuente ví sentadas las damas bajo los templetos que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos, y dirigiendo sus miradas á las mas hermosas. La conversacion era poco animada, la escena nada varia, y solo crecía un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto: fijábanse en ellas todas las miradas: las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recién venidos que las acompañaban, les hacían preguntas de cómo habían dejado la capital, qué tal había salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«¿Y bien, marqués, que vida lleváis aquí? — Chico, nada, como ves: una vida muy circular. — Pero ¿y los jardines?... — Hermosos, pero yo no he pasado aun de aquí. — ¿El teatro? — Insoportable. — ¿Los toros? — ¡Ba!... — ¿Las tertulias? — Aquí no hay tertulias, ya te lo digo, esto es secarse. — Por lo menos las giras de campo... — Nada menos que eso; quince días há que en casa de... pensamos en hacer una partida de campo en borricos, pero todavía no nos hemos determinado á madrugur una mañana. — ¡Pues yo os creía mas dichosos! — ¡Ah! ¡los dichosos sois los que estais en Madrid!

Por supuesto debe creerse que en aquel recinto hallaría yo á todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude menos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detras de la marquesa; que al encontrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar á lo lejos el satélite de aquel planeta. — ¿Quién es ese sugeto? — le pregunté á un amigo que había hablado al marido. — Este es un don Nadie que en todas partes se cree indispensable porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos que él los toma por suyos. — ¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaría si no fuera por sus mujeres! — Entonces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos menos de reir juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardín, solo hallamos de trecho en trecho algun corro de señores mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo á lo lejos á sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habían recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la calle de la Reina, que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetir las: — «¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana? — ¿Quién es ese que ha pasado? — ¿y por qué Fulana no va con?... — ¿Han tronado? — ¿y N... tiene plan con esa que acompaña?» — Y así de los demás. Nosotros por nuestra parte nos dábamos la posible importancia: hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigíamos la palabra; saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la gerarquía ó notabilidad de la persona saludada; y si podíamos pillar del brazo á un entorchado ó una llave dorada ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado en fin de esta pantomima, me retiré, y despues de la funcion del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfacción, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mío había visto luz, y de cuando en cuando oía el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el don Preciso tomaba el fresco: convencíme mas y mas de ello cuando de allí á un instante miré abrirse la puerta de mi habitación y

entrar al mismo; sin embargo, mi imaginación es rápida y no pude dejar notar que no traía botas.

— ¡ Ah buena maula! exclamó alborozado al verme: ¿ con qué V. es el *Curioso Parlante*?

— ¿ Quién? ¿ yo?...

— Vamos, no hay que hacer la desecha, que lo sé de buen original, y además soy suscriptor á las *Cartas Españolas*; ¡ ay amigo! y ¡ qué artículo tan bello me prometo ya sobre nuestro viaje, artículo cómico ¿ no es verdad? (y la risa interrumpe sus exclamaciones). A que sale allí á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personaje incógnito, y V. también, no es así? con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada. ¿ Y mi mujer? ¿ qué dirá V. de mi mujer y de mí? ¿ Soy yo también persona que hace?

— No, amigo mio (interrumpí yo con cierta sonrisa); V. es la que padece.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento á llamar nuestra atención; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrimosla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y la señora, que sentada junto á la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fue el de la turbación; pero recobrando el mancebo su serenidad, espresó que solo una equivocación de la puerta de su cuarto podría haber sido causa... Entonces ella se esplayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con tesón tan excelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho, y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; este por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo sin pensarlo tuve que terciar en la relación de gentes que debían conocerse y apreciarse. La conversación se animó, el Adónis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa del Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Rialal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetía exactamente todos los días, comenzó á fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinación de regresar á Madrid. Subí de nuevo en la diligencia y... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque sería repetir lo ya dicho, como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.

(Junio de 1852.)

EL PRADO.

« Irás al Prado, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
« ¡ Cuántos mirándote allí
Aumentarán sus desvelos!
No quieran Leonor, los cielos
Que te los causen á ti. »

Comedia antigua.

« Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monasterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monasterio hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de

« lindísima agua, á trechos puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos á los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho á la grande hermosura y recreación de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monasterio, saliendo de las casas, hay otra alameda también muy apacible con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Lllaman á estas alamedas el Prado de San Hierónimo, donde de invierno al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha recreación la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros, y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte. »

Hé aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote nuevo de puro viejo, que, como varias personas, no tienen otra recomendación que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿ Qué diría el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? — Diría.... ¡ qué había de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente día.

Por lo demás, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual é inculco de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corría por toda su estension, y demas circunstanacias que le afeaban, hacia olvidar tal cual trozo mas bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿ qué diría, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su estension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿ qué al contemplar en toda su estension ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya excelente ejecución honra la memoria de los artistas españoles? ¿ qué del lindísimo Jardín Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería, el amor embellecía, como en estos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir:

« Los prados en que pasean
Son y serán celebrados;
Bien haceis en hacer prados,
Pues hay bien para quien sean, »

el mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demas poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle á porfía con las descripciones mas interesantes y románicas. Así que, el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

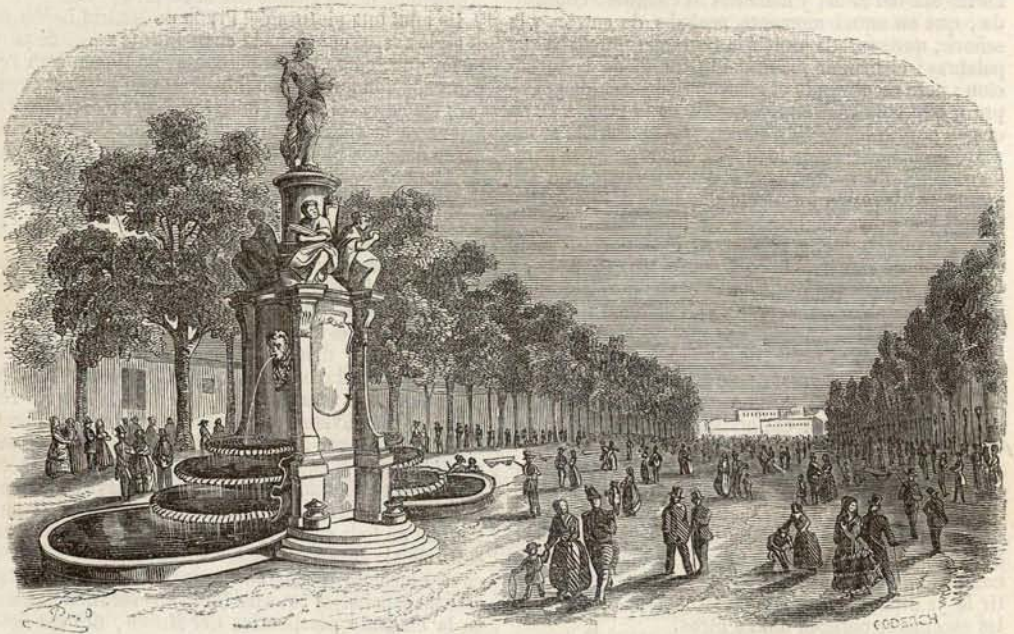
¿ Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venían á este sitio al acecho de cuál ó cuál galán perdedizo, ó bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡ quién no cree ver á

estos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas, malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberían acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron también su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas, y la inmediación á la corte del Retiro, llega-

ron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta. (Nota 4ª.)

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres, el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galán ó galantes, objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado además con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del



Salon del Prado.

lado de San Fermin, y las de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran Salon, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salon por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendremos la calle destinada á los coches que corre á lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia real, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

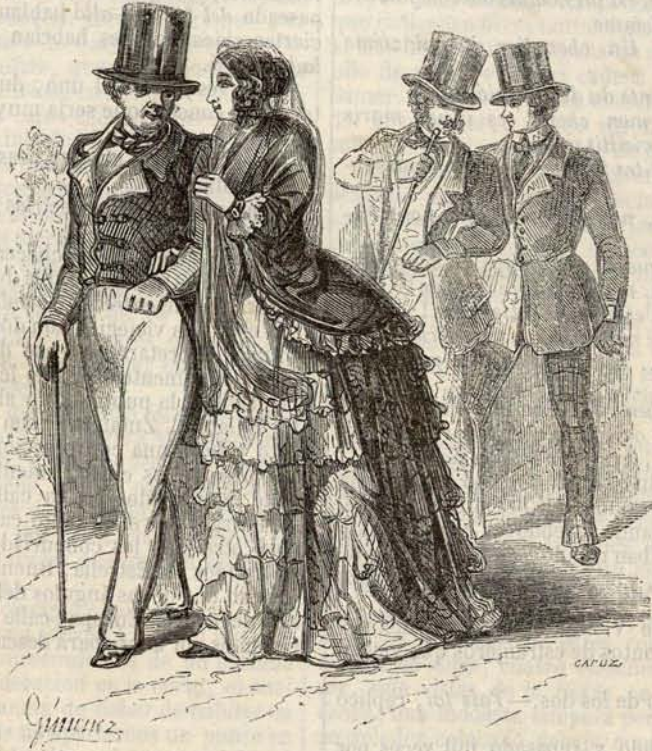
Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del país y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los países extranjeros; v. gr.: Detrás de un elegante tilbury, que Londres ó Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas abajo, viene arrastrando con dificul-

tad un cajon semi-oval y verdi-negro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar carroza en el siglo xvi, y en el xix llamamos *simon*, verdadero anacronismo ambulante. Siguele en pos linda carretela abierta, charolada y fulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo también gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro: no lejos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado á la calesera; ni berlina

redonda con soberbios caballos andaluces que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes ginetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizzarria dominando un fogoso alazen.

Inmediato á este paseo mirase una estrecha calle que formaria parte del salon principal, solo inter-

rumpido por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto mas á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo mas notable del paseo se *extrae* aquí: no sin graves apreturas, encontro-



nes, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco mas ó menos el valor del capital. La estension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar varias veces durante la tarde, con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multitud: por poca que sea su penetracion, muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos espresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal ó del

desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él, mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las espresiones de doble sentido y las que se dicen al paso mirando á otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico; y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado, por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque mas mimicamente representada. Mira á los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna

hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á estas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras.

Todas estas y mas mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sugetos ambos cuya fama se estiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente á situarse en paraje conveniente, mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; siguenla de cerca, y entablan en *frances* el diálogo siguiente:—

«*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.*

—«*Cela t'étonne?... Un chevalier du quinzième siècle.*

—«*Epoux d'une élégante du dix neuvième.*

—«*¿Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne vieillit pas.*

—«*Oui... et leurs petites femmes... hein? (con sonrisa irónica).*

—«*Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*

—«*Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprenait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos ayeux etaient des sottes gens!*

—«*Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle... Elle ne te regarde pas, mon cher....*

—«*Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lor, qu'elle me voit.... oui, mon cherselle rit.*

—«*Bravó, mon cher, bravó; c'est bon signe.—*

A este punto pasó un quidam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta:

—«Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de estranjeros que vienen detras.

—«*(Diable, dijo uno de los dos.—Tais toi, replicó el otro.)*

—«Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

—«Pero, hable V. bajo, que lo van á comprender.

—«¿Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

—«*(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)*

—«No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

—«Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostar, pues en sus modales echo de ver mas caricatura que carácter frances.

—«¿Cómo es posible que lo sean! ¿No ve V. que no entienden lo que digo?

—«Cierto, que eso me hace dudar....

—«*(Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en frances, sin darse por notificados del contenido diálogo.)*

Cerca ya de anochecer subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Gerónimo

los dos elegantes ambíguos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pie á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguilos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado á la cita con ciertas chicas que les habrian estado esperando *del lado de acá*.

—«Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que seria muy *plebeyo* pasear á este lado.

—«Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído mas cuenta...

—«Sí, pero tú debes decirles que hasta el anochecer no nos esperen.

—«Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer orden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.

En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonitamente á su lado les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo.—«Ah, Fulanita, Zutanita, ¡son Vds.!—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurredos de la Aduana, los Dos Amigos, la Estrella, Buen-gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832.)

LAS CASAS POR DENTRO.

CARTA DE UN CURIOSO PROVINCIAL AL CURIOSO MADRILEÑO.

«SEÑOR Curioso, muy señor mio: desde que hallándome en esa capital empezó V. á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que aun despues de mi salida de esa refrescaria en mi imaginacion (con el auxilio de V.) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio aun mas importante me ha hecho V., cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi mujer, mis hijos y mis amigos; precision á la verdad mas dura que lo que parece, pues ya sabe V. que el hacer descripciones no es para todos, y mas si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interes. Así es que vi el cielo abierto con la oferta de V., y desde entonces cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal ó cual objeto de la córte, siempre le remito al momento en que á V. se le ponga en las mientes hablar de él.